

Para Un Pensamiento del Sur

¿Qué es el Sur? Ante todo una noción falsamente clara. Si resulta evidente de que el sur se define en relación con el norte, un sur, como el Magreb con relación a Europa, es un norte para África. En Europa, Italia es un país sur-europeo que tiene su norte, con Milán, la Lombardia. Francia, país del norte, tiene su sur: la Provenza, el Languedoc. Y São Paulo, metrópoli del sur, está toda impregnada de norte. La noción de sur es una noción relativa. Entonces debemos evitar toda reificación o substantificación del término « sur ». El norte, por su lado, no puede ser concebido como entidad geográfica. Está muy heterogéneo y ni hablamos por supuesto de Rusia, más cercana culturalmente del sur europeo que del norte anglo-sajón, ni siquiera de la Siberia. No podría tampoco ser concebido como ideal-tipo a la manera de Max Weber. No es tampoco una noción reductora que olvidaría todas las calidades que vienen del Norte. De hecho, cuando hablamos hoy en día de Norte, era hace algunas décadas llamado Occidente cuando se oponía al Oriente; se volvió Norte opuesto al Sur cuando el término de Tercer-Mundo se tornó obsoleto. Efectivamente, para el sur hay una hegemonía del norte, que es hegemonía de la técnica, del cálculo, de la racionalización, de la rentabilidad, de la eficacia. Nociones que no se deben rechazar, pero respecto a las cuales, sin duda, un pensamiento del sur debe expresarse de manera conciente y crítica, además porque esta hegemonía insufla su dinamismo sobre todo el planeta. Además porque el Norte está devorando -o tratando de hacerlo- el Sur.

Existen evidentemente sures, muy distintos unos de los demás, pero que están sometidos a la concepción única, llegada del norte, del sobre-desarrollo, del retraso, del imperativo de desarrollo y modernización. Esta visión hace incapaz de concebir que haya en los sures calidades, virtudes, artes de vivir, modos de conocimiento que se trataría no sólo de preservar, sino también difundir en los nortes.

Para llegar a la plena consciencia de las calidades y virtudes del sur, se necesitaría un pensamiento del sur. Tal pensamiento se debe elaborar, a partir de las experiencias de los diversos sures.

Una precisión preeliminaría es necesaria. Dije que norte y sur eran nociones relativas. HAY que agregar que no se debe ni idealizar ni desvalorizar ninguna de las dos. Toda cultura o toda civilización (aquí la distinción entre ambos términos importa poco) tiene sus calidades, sus virtudes, sus ilusiones, sus discapacidades. La cultura del norte proveniente del Occidente europeo, desarrollada en el mundo anglo-sajón, trajo la democracia representativa, los derechos humanos, el derecho de la mujer, las autonomías individuales. Pero también tiene carencias profundas concentrándose en la potencia y los desarrollos materiales, tiene sus cegueras, sus ilusiones como fue hasta una época reciente la ocultación de la relación vital entre el humano y el mundo natural o como el mito de un progreso concebido como ley ineluctable de la historia humana. Del lado de los sures, culturas demasiado numerosas mantienen la autoridad incondicional del poder político y religioso, la dominación del hombre sobre la mujer, prohibiciones de toda clase.

El universo de pensamiento aquí propuesto es él de la reducción (de un complejo a uno de sus elementos) y de la disyunción (que separa las ideas aparentemente antagónicas pero sin embargo complementarias).

¿Cuál podría ser el aporte del Mediterráneo a tal pensamiento?

Hay la herencia más antigua, probablemente, que es la de una divinidad universal, que ya Akhenaton, faraón, quiso reconocer y adorar a través del sol. El dios universal reapareció en la Biblia, en los Evangelios. Rechaza a los dioses múltiples de las religiones politeístas. Pero por mi parte yo conciliaría, en un pensamiento del Sur, una dirección de la diversidad concreta de la naturaleza, que expresan los dioses de los politeísmos antiguos, en particular griegos y latinos, y la dirección de la unidad del universo que expresa el Dios Único.

A partir de Paul de Tarse se manifestó una religión dirigiéndose a todos los seres humanos « ya no hay judíos ni gentiles ». Llevando en sí una fuente de universalidad

concreta. Dirigiéndose a la multiplicidad humana en sus diferentes etnias, y que se encontrará en el Islam, luego separado del Estado, en el humanismo europeo.

Encontramos otra fuente de universalidad en la herencia helénica: todo ser humano está dotado de razón, lo que le permite tener competencia sobre la política de la Ciudad. La diosa Atena no dirige la ciudad de Atenas, sino protege. Lo que dirige, es la Asamblea de los ciudadanos. Y en la democracia como en la filosofía ateniense el debate juega un papel central: es el camino hacia la verdad. Además la filosofía se define, no sólo como búsqueda de sabiduría, sino también como voluntad de reflexión sobre todas cosas.

También debemos asumir la herencia universalista del imperio romano que manifestó el edicto de Caracalla reconociendo a todo habitante del Imperio, cualquiera que sea su origen étnico, los derechos del ciudadano romano.

Igualmente, debemos asumir el mensaje del Renacimiento – otro mensaje del sur – y este mensaje que debemos asumir y retomar es: « problematizar ». El Renacimiento es un movimiento del espíritu en el cual se problematiza al mundo: « ¿Qué es el mundo? » Se problematiza al hombre: « ¿Qué es el hombre? » Se problematiza a la naturaleza: « ¿Qué es la naturaleza? » Se problematiza a Dios: « Dios ¿Quién es? ¿Existe? »

Un humanismo nació a partir de esta problematización. La palabra « humanismo » tiene dos caras. Tiene una cara que debemos abandonar. Es la del hombre dominador, destinado a convertirse en el dueño y poseedor de la naturaleza, según la fórmula de Descartes. Debemos rechazar este humanismo arrogante, porque sabemos ahora que toda voluntad de controlar la naturaleza no sólo degrada esta naturaleza, sino también nuestra humanidad inseparablemente vinculada, dependiendo de ella aún más que ella depende de nosotros. La otra cara del humanismo es la del valor y de la dignidad de todo ser humano, quién sea, de dónde sea. Es este humanismo que debemos no solamente asumir, sino que también propagar en la era planetaria en la cual toda la humanidad vive una comunidad de destino.

Debemos también asumir la herencia del Renacimiento porque hoy en día, de nuevo, debemos problematizar el mundo. Nuestro universo ya no es el de Copernico o de Galileo, en el cual el sol se había vuelto central. Es un universo absolutamente gigantesco donde no hay centro, donde la Tierra es la minúscula planeta de un sol minúsculo, astro menor de una galaxia periférica.

Debemos problematizar lo real: ¿Dónde está la « verdadera » realidad, en las partículas y los átomos? ¿En los objetos de nuestra percepción? ¿En nuestro espíritu? ¿Qué significa la realidad hoy en día?

Debemos volver a problematizar nuestra relación con la naturaleza, que consideramos como hecha de objetos para manipular, domesticar o destruir mientras estamos de forma inseparable y vitalmente vinculada.

Debemos volver a problematizar nuestras creencias y nuestros credos, empezando por nuestra creencia en un progreso irreversible de la humanidad.

Por fin, debemos problematizar el instrumento mismo de la problematización, que es la razón. En efecto debemos empezar por entender que la razón no es una, monolítica, simple. Hay una racionalidad abierta, que reconoce los límites de sus capacidades de aprehensión, y sólo puede reconocer el misterio del universo. Hay una racionalidad teórica que elabora sistemas de ideas. Hay la racionalidad crítica que ataca las creencias sin fundamento. Hay la racionalidad autocrítica, que examina racionalmente su propia cultura y su propia persona. Hay la razón cerrada, incapaz de recibir los argumentos y los hechos que la contradicen. Hay la racionalidad caliente, animada por una pasión. Y hay una racionalidad fría del cálculo. Hay una racionalidad degenerada que es la racionalización, fundada sobre una lógica implacable y obstinada. Hay la racionalidad instrumental al servicio de los delirios y de las crueldades humanas. Tenemos, por supuesto, que regenerar lo que hace la virtud de la racionalidad, la capacidad teórica, la capacidad crítica, la denuncia de los dogmas, la resistencia al anatema, y sobre todo, también, la capacidad autocrítica todavía muy sobre desarrollada.

A las herencias mediterráneas, debemos combinar las herencias africanas y sur-americanas. Tan diversas sean, todas comportan modos míticos o religiosos de integración en el cosmos y en la naturaleza de los cuales debemos extraer la verdad

profunda y vincularla con nuestra nueva consciencia ecológica que reconoce nuestra integración en una biósfera que el devenir de la mundialización, bajo impulso del norte, sigue degradando. Hay la herencia de las tradiciones de solidaridad que se trata no de destruir sino de integrar. Hay múltiples conocimientos, saberes, sobre el mundo mineral, vegetal, animal que debemos incorporar. Hay artes de vivir muy diversos y ricos, incluso en las pequeñas sociedades indígenas de América del sur y de África.

También, reuniendo y conjugando todas aquellas herencias, un pensamiento del sur es capaz de operar una nueva y gran problematización.

Empecemos por problematizar la mundialización, este proceso que empezó a finales del siglo XV con la conquista de las Américas y la navegación alrededor del globo, se desarrolló en y por la colonización y la esclavitud, y que, a partir de los años 1990 despegó bajo forma de globalización. Ésta se prosigue a un modo muy acelerado. La ciencia, la técnica, la economía, el provecho son los motores de este dinamismo que propulsa la nave espacial Tierra. Este dinamismo científico-técnico-económico produjo nuevos peligros para toda la humanidad, con la proliferación de las armas nucleares, con la degradación de la biosfera, con las multi-crisis planetarias. También con los nuevos conflictos étnico-religiosos, que desgarran nuestro planeta y pueden producir la utilización de las armas de destrucción.

Somos testigos y víctimas hoy de una crisis económica que viene de la ausencia de regulación de una economía mundial corrompida por las finanzas especulativas. Esta crisis se inscribe en un conjunto de crisis. Crisis de la relación entre los humanos y la naturaleza, de las cuales atestan las degradaciones múltiples de la biosfera. Crisis de las sociedades tradicionales que tienden a desintegrar bajo el dinamismo de esta universalización que de hecho es occidentalización. Crisis de la modernidad, ella misma, ya que no sólo la modernidad cumplida en los países de Europa occidental y los estados Unidos no realizó las promesas de una mejor vida, de una vida liberada, de una vida armoniosa, sino que al contrario, creó un nuevo mal de vivir de civilización. Crisis de la modernidad también en el sentido en el cual lo que justificaba su devenir era la idea hecha un dogma universal en el siglo XX, que el progreso era una Ley irresistible de la

historia humana. Entonces, descubrimos progresivamente que los motores del progreso eran profundamente ambivalentes, como la ciencia, la técnica, el desarrollo. Descubrimos también que la promesa había muerto, que el futuro es incierto, que el día siguiente es desconocido. La autodestrucción de la idea de progreso nos condujo a una crisis del futuro. Y en la crisis del futuro, en la angustia del presente, ¿Qué queda sino volver a las raíces, es decir, al pasado? Es el filósofo checo Patocka quien formuló la visión más clara: « El devenir está problematizado y lo será para siempre ». Es decir que la aventura humana es una aventura desconocida.

Así, tenemos todas estas crisis que se reúnen en la crisis del desarrollo. Por cierto el desarrollo aportó el bienestar, las autonomías individuales, emancipaciones a la creación de nuevas clases medias. Pero el desarrollo aportó también la destrucción de la solidaridad tradicional, nuevas corrupciones, el crecimiento de las desigualdades por todas partes en el globo, de miserias enormes. Y tenemos el espectáculo en Asia, en América Latina, en África, de megalópolis con inmensos suburbios o afueras de indigencia. Así como lo dijo muy justamente el pensador iraní Majid Rahnema, la miseria cazó la pobreza. Por cierto una parte de la pobreza ha sido rechazada por la prosperidad de las nuevas clases medias, pero la pobreza que permitía un mínimo de vida digna, ha sido rechazada en gran parte por la miseria, que es dependencia y humillación.

Pues, vivimos la crisis del desarrollo que es al mismo tiempo crisis de la occidentalización y crisis de la universalización, tres caras de la misma crisis.

La crisis de la universalización es también la crisis de la unificación tecno-económica del globo. Se hizo después del hundimiento de las economías dichas socialistas, en Unión soviética, China, Vietnam, en y por la universalización del capitalismo y de las telecomunicaciones que permiten en todo punto del planeta estar en relación inmediata, (teléfono, fax, internet) pues una unificación extraordinaria del planeta. Y sin embargo, esta unificación coincide con descomposiciones de todo orden: la Unión soviética se disloca en naciones nuevas y a veces antagonistas, como Azerbaidjan y Armenia, y recientemente como Georgia y Rusia misma; inmediatamente después de 1990, el aumento de los nacionalismos croatas y serbios desintegra a una nación aparentemente

cumplida, Yugoslavia, y produce una guerra atroz contra la cual Europa se reveló impotente. Luego Checoslovaquia se cortó en dos. Un poco por todas partes, fuerzas centrífugas están en acción en el seno de las naciones y etnias reivindican a hacerse naciones.

Esta coincidencia se entiende porque la unificación tecno-económica produjo la dislocación sociocultural: esta unificación aporta en ella una homogeneización civilizacional que, en numerosos casos, amenaza las originalidades y las singularidades culturales, étnicas y nacionales. De ahí una reacción de repliegue sobre la nación, la etnia, incluso sobre la religión. El proceso de unificación provoca tanto más la dislocación, cuanto que al mismo tiempo la incertidumbre histórica aportó la pérdida de la fe en el progreso, la pérdida de esperanza en un nuevo mundo, la angustia del presente, lo que contribuyó al retorcimiento de las naciones y de los espíritus, de regreso hacia el pasado religioso y étnico y/o nacional.

Y asistimos al desencadenamiento combinado de dos plagas para la humanidad. La primera plaga es la unificación abstracta y homogeneizadora que destruye las diversidades. La segunda plaga es el retorcimiento sobre sí mismo de las singularidades, que se hacen abstractas, ya que se abstraen además de la humanidad. Sufrimos el paso de dos abstracciones de diferente naturaleza.

Aquí hay que entender el vínculo entre la unidad humana y la diversidad humana. Es evidente que hay una unidad anatómica, genética, fisiológica, cerebral y afectiva, de todos los seres humanos, pero esta unidad se expresa de modo extremadamente diferenciado. No hay dos individuos que estén parecidos – hasta gemelos monocigóticos se diferencian uno del otro. Y luego, la cultura, (es decir, todo lo que se aprende, saber, destrezas, creencias, mitos etc) universal en la humanidad, existe sólo a través de las culturas singulares – la música existe sólo a través de las músicas, etc. – lo que hace que el tesoro de la unidad humana es la diversidad y que el tesoro de la diversidad humana es la unidad.

Leibniz decía: «El uno conserva y salva lo múltiple». Esta orientación fundamental podría señalarnos una vía para salir del antagonismo entre la diversidad cerrada y la unidad abstracta, una vía que un pensamiento del sur debería concebir.

Nos enfrentamos a la crisis de la humanidad que no logra acceder a la humanidad. Nos enfrentamos a un planeta que, persiguiendo el dinamismo triunfante de la técnica, de la ciencia, y de la economía, es un planeta en desamparo. Heidegger decía, con una gran lucidez, mientras se creía estar en una nueva era de las Luces, entramos por la noche y la oscuridad.

Entonces, lo que es hegemónico en el Norte produce la ceguera sobre la universalización y sobre la crisis de la humanidad. Es la ceguera del pensamiento fundado esencialmente sobre el cálculo, ciego en la existencia, en la alegría, en el sufrimiento, en la desgracia, en la conciencia, ciega en el humano de la humanidad.

La visión productivista/cuantitativista del norte ignora las calidades de las que están la cualidad de la vida. Por eso uno de los mensajes del sur debería ser: «mejor en lugar de más», y a veces «¡menos pero mejor!» Desde luego, cuando se trata de los más pobres, el más debe ir de la mano con el mejor. Pero cuando se ve el proceso mundial de producción y el consumo de objetos, unos con calidades ilusorias, otros muy rápidamente obsoletos, muy desechables y no reparables, modas superficiales, de dilapidación de energías, del tiempo, de bienes, nos damos cuenta de que nuestra civilización suscita y sufre intoxicaciones consumidores innumerables.

El pensamiento dominante del Norte se funda sobre la reducción del complejo al simple y sobre la disyunción, es decir, la separación de lo que se encuentra de hecho inseparable. El espíritu de reducción permitió aislar la celda, la molécula, el átomo, la partícula. El espíritu de disyunción permitió los desarrollos, disciplinas productoras de los conocimientos que nos dieron a cambiar totalmente nuestra visión del mundo y de la vida. Pero la especialización de las disciplinas cerradas y extranjeras las unas de las otras, da el primado a un pensamiento que se hace miope aislando los objetos fuera de sus

contextos y sus vínculos naturales. Este pensamiento está ciego a todo lo que es global y fundamental, porque los conocimientos separados no permiten captar la complejidad de los fenómenos globales y el carácter fundamental de nuestros problemas vitales.

El pensamiento fundado sobre la noción de *homo economicus*, determinado únicamente por el interés personal - es ciego a todo lo que escapa de este interés, el amor, el don, la comunión, el juego. Hasta podemos decir que las conquistas del Norte, tan importantes sean a nivel del individualismo, que permiten una autonomía de vida, también produjeron los desarrollos egoístas y egocéntricos atados a la degradación de la solidaridad tradicional y del sentimiento de responsabilidades con respecto a todo lo del cual formamos parte.

Ahora, hay dos fuentes en la ética que son vitales para los individuos y las sociedades humanas, son la solidaridad y la responsabilidad.

En la visión hegemónica del norte, el peritaje de un especialista competente en un dominio reemplaza el pensamiento que relaciona diferentes dominios. El peritaje es parcelario, el pensamiento relaciona. ¿Triunfa en la pérdida de lo que es fundamental y de lo que es global? Lo que triunfan son las ideas parcelarias cerradas. Lo que triunfan al mismo tiempo, son las ideas globales huecas que ignoran particularmente el vínculo entre la unidad y la diversidad. Lo que domina es la causalidad mecánica, la causalidad determinista que es la de las máquinas artificiales que producimos en las fábricas. Y esta causalidad determinista, *cronometrada*, lineal, la aplicamos cada vez más a los individuos y a las sociedades.

Ahora hay que pensar que ni el individuo humano ni la sociedad humana son máquinas triviales. Una máquina trivial es una máquina totalmente determinista de la cual conocemos los *outputs* cuando se conocen los *inputs*: si conocemos las informaciones y los programas que entran en ella, conocemos los comportamientos y los resultados que van salir. Entonces todo lo pasó a la humanidad vino del hecho de que no somos máquinas triviales. Podemos creer también en que los grandes profetas – Jesús, Mahomet - que los grandes filósofos, los grandes científicos, los grandes músicos, Mozart,

Beethoven - los grandes estadistas no eran unas máquinas triviales, ya que aportaron lo inesperado y lo creador. Pero también cada uno de nosotros, hasta esclavizados en lógicas triviales, escapemos de la grosería por nuestras aspiraciones, nuestros sueños, nuestros flechazos amorosos o estéticos, nuestras transgresiones.

La lógica de eficacia, de predictabilidad, de calculabilidad, cronometrada e hiper-especializada se difundió en muy numerosos sectores de nuestras vidas. Al comenzar en las administraciones donde la burocracia gangrena la actividad gerente. Ella toma los encargos del mundo urbano y mismo del mundo rural, con la agricultura industrializada, y la ganadería industrializada. Ella hasta invade la educación para consagrarla a hacer profesionales eficaces y rentables. Invade la vida diaria. Invade el consumo, las reglas, el ocio, los servicios. Hay lo que Ritzler tiene llamado « macdonaldización de la sociedad ». Es decir, una forma cerrada de racionalización se difunde sobre el planeta y esta racionalización produce una irracionalidad total.

Hablamos de pensamiento único en política. Pero el pensamiento único en la política es sólo una de las ramas de un pensamiento a la vez reductor y disyuntivo que reina en todos los dominios y que también manda a los perdonavidas del pensamiento único, las cuales hacen denuncias justas pero son incapaces de realizar la menor enunciación que pueda abrirnos una nueva vía.

La lógica del Norte, finalmente, está ciega a las realidades del Sur que considere como retraso, arcaísmo, pereza. El pensamiento del Norte está hecho para tratar los problemas técnicos y prácticos de organización y cuantificables, es decir, la prosa de la vida. Pero la vida humana no sólo implica prosa. La prosa es lo que hacemos por obligación, por coacción, para ganar nuestras vidas – y las ganamos, a menudo, perdiéndolas. La prosa nos hace sobrevivir. Pero para vivir, hay que vivir poéticamente, es decir en el amor, en la comunión, en la realización de sí, en la alegría – en el límite al éxtasis. Retomo aquí la palabra de Holderlin: « Poéticamente el hombre vive en la tierra ». De hecho, vivimos en la tierra prosaicamente y poéticamente. ¿Pero como la prosa tiende a invadir nuestras vidas, no sería la misión del pensamiento del Sur de recordar el carácter esencial de la

poesía de vivir? Tanto más cuanto que unos artes de vivir en el Sur, el arte de vivir sobre la plaza pública, el arte de vivir extrovertido, el arte de vivir en la comunicación, el arte de vivir que implica la hospitalidad, el arte de vivir que mantiene las calidades poéticas de la vida.

No digo esto para rechazar la lógica del Norte en bloque. Creo que debemos aclimatar lo que viene del Norte. Debemos aprovechar de las aportaciones del Norte. Debemos particularmente – en cuanto a los derechos de la mujer, a menudo muy subestimados en el sur, la emancipación de los adolescentes y de la juventud que es una aportación positiva, las ideas de autonomía individual a condición de ser combinadas con la dirección de la solidaridad que existe todavía a menudo en el sur. Creo que hay que integrar las aportaciones benéficas del norte, negar las aportaciones depravadas y nocivas, y sobre todo de recusar su hegemonía. Desde entonces, debemos ser capaces de mostrar un camino.

El pensamiento del Sur debería efectivamente estar dispuesto a afrontar las complejidades de nuestras vidas, la complejidad de las realidades humanas, y de « la insostenible complejidad » del mundo. El pensamiento del Sur sólo puede ser complejo, ya que, según el sentido latín originario de la palabra *complexus*, « lo que está tejido junto », el pensamiento complejo es lo que relaciona lo que se encuentra de manera artificialmente separado. Se da como misión el adagio latino « *sparsa colligo* » - Trato de reunir lo que se encuentra separado. Y en este sentido, el pensamiento del Sur sería un pensamiento que relaciona y por ende apto a resucitar los problemas globales y fundamentales. Es un pensamiento que reconocería, defendería y promovería las calidades y poesía de la vida, tanto más cuanto que el sur todavía queda depositario de esta poesía que a menudo el norte considera como retraso o sea simplemente, durante los períodos de vacaciones, folklore que puede ofrecerse aprovechando del sol y del mar.

Por otra parte, sabemos que es del norte – antes de la era industrial – de dónde vinieron las grandes nostalgias por el sur. Goethe hace decir en Mignon: « ¿Conoces el país donde florece el limonero? » Es Holderlin quien habla maravillado, deslumbrado, de Grecia, de

Patmos. Es Durrell quien goza de Alejandría. El norte también necesita el sur. Lo que va a buscar durante las vacaciones significa algo más profundo que una necesidad superficial de descanso. Pero y desde luego, la visión cuantitativa ignora el problema esencial: la calidad de la vida. Pero una vez recalentados del sur, regresamos a ocupaciones, a los negocios, a la técnica, al poder.

El pensamiento del sur está destinado a re-problematizar la sabiduría. Usted sabe que una de las grandes herencias de Antigüedad, griega y romana, es la búsqueda de la sabiduría. Entonces, la idea de una sabiduría identificada a la vida razonable, razonada, opuesta a una vida de pasión, no es satisfactoria en la medida en la que entendemos – particularmente desde los trabajos de Damasio y de Jean-Didier Vincent - que la razón pura no existiera. Hasta el matemático consagrado al cálculo más racional, tiene la pasión por las matemáticas. No hay razón sin pasión. En cambio la pasión sin esta vigilante que es la razón se pervierte en delirio. Entonces la nueva sabiduría debe buscar la « dialogada » - diálogo permanente, complementariedad en el antagonismo – entre la razón y la pasión. Ninguna pasión sin razón, ninguna razón sin pasión. No es una sabiduría que se pueda programar, es una oportunidad de agenda que debe, sin cesar, regenerarse para guiarnos en la vida. Desde entonces, la nueva sabiduría reconoce las virtudes de la poesía, es decir del amor y la comunidad.

Entonces la misión del pensamiento del sur sería de restaurar el concreto, la existencia, lo afectivo en nuestras vidas. De restaurar el singular, no de disolverlo en un universal abstracto, pero de integrar en lo universal el concreto que ata la unidad a la diversidad. De restaurar el contexto y el global. Es un pensamiento que debería llamar a restaurar la solidaridad concreta y no solamente la solidaridad que se degradó en nuestras civilizaciones occidentalizadas o nortificadas, pero también la nueva solidaridad planetaria que necesitamos vitalmente. Queremos una universalización de solidaridad y de comprensión, una religión de la fraternidad humana que llamé Tierra-patria.

El pensamiento del Sur debería restaurar valores que quedaron allí fuertes, en el sentido del honor y de la hospitalidad. Debería promover la regeneración ética con el fin de

regenerar la solidaridad y las responsabilidades defendiendo la autonomía moral e intelectual. Esta autonomía, doble y una, implica la búsqueda de la verdad y la abertura estética que nos hace sentir profundamente las emociones que nos dan los artes, la literatura o el espectáculo de la naturaleza.

Sepamos que cuando esta autonomía individual se degrada, llegan un nihilismo y un estetismo frívolo, cuyo carácter insostenible llama la vuelta de las creencias absolutas y limitadas que se había creído sobrepasar, la vuelta a los fanatismos y a las intolerancias. Finalmente sepamos que para dominar las angustias de toda clase que atiza la crisis de la humanidad, las únicas respuestas a las angustias, incluso las angustias de muerte, están en la comunidad, al amor, en el don de sí.

Entonces, he aquí los problemas de la humanidad en este tercer milenario. He aquí las Vías saludables. Ya que el Norte no puede encargarse de eso, es el Sur tendrá que asumir la condición humana.

La nave espacial Tierra está en la noche y niebla. Va probablemente hacia catástrofes, hacia el abismo...

Pero en la historia humana, muy afortunadamente, el improbable llegó a veces. Y tal vez uno de los improbables más admirables de la historia se sitúa en el sur, al sur de Europa, en Grecia, cinco siglos antes de nuestra era. Porque un gigantesco imperio, un imperio persa que ya había absorbido todas las ciudades griegas de Asia Menor, lanzado, para hacer su última absorción, a la conquista de la pequeña ciudad de Atenas. Entonces, contra toda probabilidad, el pequeño ejército ateniense, con la ayuda de espartos, pudo resistir a Maratón y rechazar al enorme ejército persa. El imperio persa atacó Atenas una segunda vez y esta vez conquistó Atenas, incendió Atenas, saqueó Atenas, todo parecía perdido. Pero la flota griega en el golf de Salamina tendió una trampa a la enorme flota persa que, pasando por el gollete, se hizo destruir sus buques, uno tras otro. Después de Salamina, Atenas no sufrió más el peligro persa y unas decenas de años más tarde nació la democracia, y nació la filosofía. Pues este triunfo del improbable dio fuente a nuestra cultura.

Podemos hoy en día restaurar una esperanza en lo improbable. Esta esperanza no tiene ninguna certeza científica, porque la supuesta certeza científica del progreso está ahora abolida. Es una esperanza que no obedece a ninguna promesa histórica, después del hundimiento de todas las promesas de mejor futuro, como el futuro radiante soviético. Es una esperanza que sólo es esperanza pero que es la esperanza. ¿Podemos fundarla?

Podemos fundarla primero sobre la idea de crisis, porque el propio de una crisis, que implica peligros enormes de regresión y destrucción, implica también posibilidades de imaginación creativa, de diagnóstico pertinente, de concepción de una vía de salida. ¿Por qué habría despierto creativo? Porque en toda sociedad, como en todas personas humanas, hay capacidades creativas que duermen. Para explicitar mi declaración, tomo el ejemplo de estas celdas cepas que duermen, en el adulto, en nuestra columna vertebral, en nuestro cerebro y que, según institutos de enseñanza superior, tienen capacidades regeneradores increíbles permitiendo producir hígado, cerebro, piel. La biología y la medicina podrán, tarde o temprano, despertarlas.

Tomo las celdas cepas como metáfora para decir que capacidades generadoras duermen en las sociedades y se despiertan en caso de crisis. Tanto más cuanto que en toda sociedad rigidificada, normalizada, donde los espíritus están casi domesticados, existen y se despiertan entre individuos desvientes: poetas, escritores, músicos, descubridores, personas mañosas. Pues estas capacidades creativas pueden despertarse con la crisis y con el peligro.

Hay también la aspiración a la armonía que atraviesa toda la historia de la humanidad. Pero sometidos a la organización social, a compartimentaciones, a jerarquías, salvamos pedazos, pequeños pedazos de armonía en nuestras vidas diarias como podemos – durante fiestas, durante comidas entre amigos, durante partidos de fútbol, en amores. La aspiración a la armonía se expresó en los paraísos, cristianos y musulmanes. Se expresó en las ideas libertarias socialistas y comunistas, pero la oportunidad histórica decepcionó o engañó hasta entonces dicha aspiración. Se manifestó en las rebeliones juveniles de mayo del 68, se volverá a encontrar de forma nueva y, en mi opinión, todavía suscitará regeneraciones.

Cuando un sistema es incapaz de resolver sus problemas vitales por sí mismo, se degrada, se desintegra, a no ser que esté en condiciones de originar un metasistema capaz de hacerlo y, entonces, se metamorfosea. El sistema Tierra es incapaz de organizarse para tratar sus problemas vitales: el hambre, que volvió; la muerte de la humanidad, que encarnan las armas nucleares; la degradación de la naturaleza; la economía desencadenada. Entonces nuestro sistema está condenado a la muerte o a la metamorfosis. Desde luego la metamorfosis no se decreta. La metamorfosis no se programa. Y hasta no podemos prever la forma que tendría la nueva sociedad, tal vez a escala del mundo, que ciertamente no debería negar las patrias, sino crearía una verdadera tierra patria. Entonces busquemos, busquemos las vías, las vías improbables por cierto pero posibles que nos permitirán ir hacia la metamorfosis. Sería la misión grandiosa y universal del pensamiento del sur.

Edgar Morin

Le Monde - 09/01/2010